Hay fiesta en el cielo!

Así de golpe, sin previo aviso para abrazos de despedida, se fue Víctor Acha y en los preludios del duelo, las añoranzas en un momento complicado de la historia de la humanidad, se agolpan los recuerdos y la impronta del Víctor singular, ese ser portador de una religiosidad transformadora que no pasó por la vida sin dejar huella, semillas y fruto por doquier.

Instituto Parroquial Remedios Escalada de San Martín - Villa Carlos Paz

Como parte de la conmemoración del Día de la Memoria, Verdad y Justicia del 24 de marzo, el padre Víctor Acha, quien está cumpliendo 50 años como sacerdote, visitó nuestra escuela para compartir con los estudiantes de los cuartos y quintos años, el testimonio de sus vivencias durante los años de la Dictadura, uno de los momentos "más trágicos de la historia argentina que viví, padecí y fui una de las víctimas", señala en sus primeras palabras.

Estos recuerdos tan dolorosos pero tan presentes en la vida de Víctor Acha nos permitieron conocer, por un lado, su compromiso con los humildes, con los necesitados, por otro, su mirada compasiva que invita a iluminar ese dolor con el perdón, sin dejar de ser memoria en acto de cada uno de los mártires que lo acompañan en su relato.

A continuación, una transcripción en primera persona de algunos de sus recuerdos.

"Nací en 1940 del siglo pasado y estoy cumpliendo 50 años como sacerdote. Quiero decirles que en el año 1069 yo me estrené como cura en la parroquia de lo que hoy es Villa El Libertador en Córdoba Capital y estuve allí hasta 1976 cuando tuve que salir del país como tantos otros más, como tantos otros más que no alcanzaron a exiliarse porque los mataron, como tantos otros más que no se exiliaron ni murieron, sino que desaparecieron.

Desde el ´72 hasta el ´75, mi parroquia y la casita donde vivía, al lado, fueron allanadas once veces por militares y policías, sin orden judicial generalmente porque así era en aquellos años. Y ustedes dirán: "Si lo allanaron por algo será", y sí era por algo, claro que sí. Era por una sencilla razón que no valdría si lo dijera solamente yo, tal vez tenga valor esta razón que les digo porque otros lo atestiguan, por mi y por muchos otros. El gran delito que había cometido era vivir y trabajar con la gente de Villa El Libertador que, hace 50 años, era muy, muy pobre. Había agua en el veinte por ciento de las 110 manzanas que tiene el barrio, no había pavimento, no había médico ni dispensario, no había policía y puedo seguir un rato con todas las cosas que no había. Todas esas carencias me hicieron sentir a mí, como a otros sacerdotes de ese tiempo, no soy una excepción, que el compromiso sacerdotal también pasaba por un compromiso con las urgencias y necesidades de la gente. Entonces me puse al lado de los que querían pedir esas cosas elementales, mínimas, para poder vivir...seguramente ustedes no tienen la experiencia de vivir sin agua. En esa época en mi parroquia no tenía agua, tenía un aljibe que había que llenar con agua que traía un carro o un camión, lo que alcanzara el bolsillo y luego había que entrarlo desde quince metros en baldes para bañarse o cocinar. Esa era la realidad del ochenta por ciento de los vecinos del barrio. Eso como muestra, el resto lo pueden imaginar.

Ante tantas carencias, con un grupo de gente que ya se había acercado a la iglesia, a la catequesis, a las reuniones bíblicas que hacíamos, viendo este cura que trataba de ser como toda la gente del barrio y vivir sencillamente y recibir a todos, comenzamos a conversar sobre todas estas necesidades. Mi propósito de fondo era encender a la comunidad, que la parroquia fuera un lugar desde donde pudiéramos buscar una respuesta a tanta carencia que era también injusticia. Y mi gran delito fue tratar de organizar esa gente, no haberme quedado encerrado en la parroquia y haber salido a caminar ese barrio y con ellos buscar las reivindicaciones que necesitaban, de una manera muy "populista" por usar un término que hoy se usa, muy popular o sencillo o como le quieran llamar.

Luego de los once allanamientos y de otros episodios que preanunciaban o que ya mostraban la violencia más desatada, un día me manda a llamar el Arzobispo, Monseñor Primatesta, y me dice que, ante todo lo que estaba pasando tenía

que irme y yo le dije:

– ¿Usted me quiere sacar?

– No, no quiero sacarte, pero con todo lo que pasa, te van a seguir molestando, mirá si un día te pasa algo. Tenés que irte porque es peligroso.

-O me saca Usted o yo me voy porque quiero. Yo no me quiero ir, Usted no me quiere sacar, a mi me cambia el Obispo y no los militares. Yo no me voy a ir porque los militares quieren que me vaya...

Esas conversaciones teníamos con el Obispo, como ven era bastante terco, era medio adolescente. No me arrepiento de eso, para mí era un valor. Uno con el paso de los años va teniendo nuevos modos de estar entre la gente, en esa época el mío era ese.

La cuestión es que la persecución siguió, se hizo más aguda, durante todo el año ´75 yo la mayoría del tiempo no estaba en la Parroquia, pero si en el barrio y, en noviembre de ese año, ya me trasladaba a dormir a otro lado por seguridad. Una tarde que llego de mi trabajo, porque yo mientras viví en Villa El Libertador trabajaba como obrero, como empleado, en distintos trabajos, el hijo de una señora de la Parroquia me esperaba en la puerta y me dice: "Padre, dice mi mamá que no entre, que vaya a la casa de otro vecino", cuando voy allí me cuentan que la noche anterior, gente armada, de civil, con armas largas y cortas habían entrado en la casa de la secretaria de la Parroquia y en la casa de otra señora que coordinaba la catequesis, amenazándolos de muerte, que les iban a quemar la casa, amenazando que algún hijo podía desaparecer o las hijas podían terminar mal, cosas muy groseras, brutales, me lo contaban llorando, me buscaban a mí, querían saber dónde vivía yo. Entonces me decidí a irme, porque ya no se trataba de mí sino de la gente del barrio y de la certeza de que esas cosas que amenazaban eran muy capaces de cumplirlas.

Pero yo me sentía muy golpeado por abandonar a mi lugar y a mi gente, esa tarea que había elegido para hacer, yo quería seguir siendo cura y sirviendo a la gente. Allí surgió la idea, de los Obispos, de enviarme con una beca a Medellín, Colombia, a estudiar una especialidad que había allí. Me fui con la noticia, en el ´76, de que había desaparecido un sacerdote en un barrio de Buenos Aires. Luego, ya en Colombia me siguieron llegando las noticias tremendas, de asesinatos de catequistas, sacerdotes, amigos, desaparición de personas, familias a las que les eran arrebatados sus hijos, mujeres a quienes les quitaban sus bebés para después asesinarlas, entre tantos horrores innombrables. Cuando yo escuchaba todo esto, allí tan lejos, hasta sentía un poco de culpa por no estar acá con mi gente.

De esos años tenemos a nuestros primeros mártires, entre ellos al obispo de La Rioja, Enrique Angelelli, asesinado el 4 de agosto de 1976.

Y yo quiero recordar especialmente a un laico que era coordinador de una de las cooperativas que el Obispo Angelelli había creado en su comunidad, su esposa era catequista y fue asesinado en la puerta de su casa en presencia de su mujer y de sus hijos. Es de este hombre moribundo le dice a su hija mayor: "Yo los perdono, no odies, perdonálos". Su hija tenía entonces 16 años, la edad de ustedes, y me vienen a la mente los sentimientos que tenía yo en mi corazón ante todo esto que sucedía en nuestro país. Y sinceramente también perdoné.

Porque el rencor, el odio, la venganza solo acarrean más muerte, la del que muere y la del que vive en el rencor, el odio, la venganza, porque muere lo mejor de sí en esas actitudes. El perdón no es estupidez, no es imbecilidad, es una actitud que transmite vida, que construye.

Chicos, chicas, hay que saber perdonar para saber ser uno mismo. El que no sabe perdonar se aliena en el odio, la venganza, el rencor. Cada uno tomeló como pueda, yo les cuento mi experiencia: el perdón me ayudó a sobrevivir."

El padre Víctor Acha comentó que los cuatro mártires de La Rioja, muertos durante la represión, serán declarados mártires por el Papa Francisco el próximo 24 de abril, pero que la comunidad ya había decidido que habían entregado su vida en el martirio desde el momento de su muerte, "porque las comunidades son muy sabias".

Tras su vuelta de Colombia hacia fin de 1976, desoyendo el consejo de su Obispo que lo instaba a quedarse lejos porque lo seguían persiguiendo, Víctor Acha vivió escondido en Buenos Aires, casi en la clandestinidad, aunque continuó trabajando con un sacerdote que lo ayudó. Quien le impedía regresar a Córdoba en esos años era el propio general Luciano Benjamín Menéndez, acusado y condenado por múltiples crímenes de lesa humanidad, que no dejaba de preguntar por su paradero. Alrededor del año 1980 pudo regresar a Córdoba.

Consultado por los jóvenes por lo que le queda de aquellos años, Víctor Acha contesta: **"De aquellos años me quedan mis sueños intactos. Yo sigo soñando con un mundo nuevo en el que todos seamos protagonistas, sigo soñando con crear comunidad. Porque estoy convencido que solo la experiencia de comunión puede llegar a transformar las rupturas y las injusticias que vive nuestro mundo de hoy. Y les digo a ustedes, los jóvenes, que no se entreguen a la violencia, a la injusticia porque parece que es lo único que se puede hacer en este mundo. No se entreguen, luchen por ser hombres y mujeres protagonistas de un mundo nuevo, luchen por la construcción de vida en cualquiera sea el espacio donde les toque actuar".**

Alejandro Eguiguren

Así de golpe, sin previo aviso para abrazos de despedida, se fué Víctor Acha y en los preludios del duelo, las añoranzas en un momento complicado de la historia de la humanidad, se agolpan los recuerdos y la impronta del Víctor singular, ese ser portador de una religiosidad transformadora que no pasó por la vida sin dejar huella, semillas y fruto por doquier. Me recuerdo cavando los cimientos y levantando las paredes de la casa paterna en barrio la Cuesta en los 80 con mi hermano Miguel, reconociendo el vecindario y sus particularidades, allí estaba a pocos metros un majestuoso puma en medio de este barrio de clase media, una familia completa viviendo en una Carpa por años, la carpa de los Goenaga, y en medio de esta urdiembre, la luminosidad de una bella comunidad Cristiana, la Parroquia San José y su mentor Víctor Acha, como no dar cuenta de la trascendencia de su prédica y su práctica si al ateísmo de espalda quieta dura y vasca paterna y personal la contrastaba y cuestionaba con ese retazo de cielo en la tierra enclavado entre ese puma y esa carpa. Tuve el inmenso privilegio de conocerte y conocer tú siembra, fuiste y lo seguís siendo referencia en mi vida y en la de mi compañera Adriana y la de toda la familia, siempre me costó hablar de "FE" pero quiero dar "FE" con esta foto de cuando bautizaste a nuestra hija Violeta que sos uno de los necesarios, de los imprescindibles, que sos un ser de luz, que una parte tuya partió para otros lares, pero que tu ejemplo perdura en los que te conocemos y te respetamos. Hasta siempre querido Víctor.

Ciudadano Destacado de la Ciudad

Víctor con Nico Alessio y Quito Mariani Grupo Angelelli

Vitín Baronetto
Tiempo Latinoamericano

Me resulta imposible escribir sobre Víctor Acha sin que aparezcan tantos rostros compañeros, hermanos y amigos, muchos de los cuales se le anticiparon en el paso pascual, que él dio hace pocas horas, en estas últimas del miércoles 2 de septiembre de 2020. Rostros que fueron vidas en Villa El Libertador y Barrio Comercial, donde hicimos un largo, agitado y feliz camino de vivencias, compromisos y luchas. Desde fines de 1969 hasta 1975, compartiendo la casa en la parroquia de Villa El Libertador; hasta que él mismo presidió la concelebración, con otros tres curas, de mi casamiento con Marta. La semana pasada, pandemia de por medio, hablamos por teléfono y se entusiasmó con la idea de que escribiéramos algunas memorias de nuestro amigo común, el Vasco. Me dijo que le gustaría hacerlo colocando el eje transversal de los pobres a quienes había sido fiel hasta el final. En aquellos años no era la opción por los pobres. Era la obligación por los pobres. El camino de las bienaventuranzas de Jesús el Carpintero. Trabajar y vivir con los pobres. Y asumir la pobreza compartiendo la vida con los empobrecidos por las injusticias sociales. Las luchas por las múltiples necesidades vecinales y la denuncia profética de los causantes de aquellas situaciones, acarrearon persecuciones, compartidas por miles de argentinas y argentinos. Con Víctor sobrevivimos sin noticias mutuas en los tiempos más duros del terrorismo de estado. Volví a tenerlas cuando se rompió la incomunicación carcelaria en 1977, a poco de llegar a Sierra Chica. Supe que anduvo en la Villa hasta fines del 75, cuando bandas armadas de civil allanaban hogares cercanos a la parroquia, donde por seguridad él solía pernoctar. Esta persecución, que iba más allá de su persona porque aterrorizaba a los feligreses más solidarios, finalmente lo obligó a aceptar la propuesta del arzobispo Primatesta, de ir a Colombia, para un curso de pastoral y catequesis en Medellín. Sin revelar su destino en junio de 1976 le hizo llegar una carta a mi madre, interesándose por nuestra situación:

"…Haber hecho este alto, hasta ahora me ha servido para reafirmar más y más, 'todas' las convicciones que tengo y que me han motivado para trabajar como lo hice hasta hoy."

Víctor no aguantó el exilio y se volvió al país. Primatesta le hizo saber que el general Menéndez no le daba garantías de vida; y se quedó de incógnito en una parroquia del gran Buenos Aires que lo cobijó. Desde allí, en diciembre del 76, nos hizo llegar otra carta a propósito del crimen de Marta, con el Cura Vasco que lo visitaba cada tanto: "… la cuota de dolor que muchos sufrimos se hace más grande para algunos, entre los cuales se encuentran uds., desde hace tiempo por la situación de los hijos, últimamente por lo de Marta. … A veces se descubre todo lo que se quiere a una persona cuando esa persona desaparece. Así me ha ocurrido con ella. He sufrido mucho por ella, por su esposo, por los niños, por uds. y por la mamá y hermanas de ella. ¡Cuánto hubiera deseado estar cerca! Para acompañarlos en el dolor en ese momento…".

Víctor siguió un largo tiempo en el gran Buenos Aires. Durante aquella estadía le ayudó a mi madre a realizar gestiones ante los organismos de derechos humanos, orientándola en el inmenso y desconocido mundo porteño; y manteniendo con ella una comunicación escrita escueta, imprescindible y cautelosa, como lo exigían las graves condiciones de inseguridad del momento. Hasta que pudo regresar a Córdoba. Alejarlo de la ciudad fue el requisito militar al arzobispo, que lo designó en una parroquia de Carlos Paz. Unos de mis primeros almuerzos en libertad en 1982 fue con él y el Vasco, repasando con alegría los años vividos

en comunidad, los dolores de las persecuciones y las nuevas esperanzas, que empezaron a concretarse cuando al Vasco se le puso que iría a vivir a la villa que bautizaría "Obispo Angelelli", nuestro maestro y mártir delos pobres. La misma fe y las mismas convicciones que nos encontraron en la juventud, siguieron andando por los andariveles de la vida. En la Revista TIEMPO LATINOAMERICANO disfrutamos de su sabiduría y experiencia como miembro del Consejo Asesor.

Pero fueron muchos los lugares de su siembra generosa. Las incomprensiones y malos tratos eclesiásticos no le hicieron mella a su fidelidad sacerdotal. Porque desde que se ordenó, el 14 de septiembre de 1968, quiso que su sacerdocio fuese entrega y servicio a los pobres. Esa era la Iglesia. El Vasco nos encontró en sus 80 y lo seguimos juntos hasta la despedida final en Barrio Comercial. Víctor nos convocó para celebrar sus 80, que fueron también su despedida al inicio de este 2020. La cruz por él tallada en cerámica sin el cuerpo crucificado, que ese día me tocó en suerte, fue el signo de la resurrección y la victoria, que nos seguirá acompañando. Celebramos su Pascua, el paso a la tierra sin males, con la fe de San Pablo: "¿Dónde está muerte, tu victoria?". Porque "Tuve hambre y me diste de comer; estuve enfermo y me visitaste; estaba desnudo y me vestiste; estuve preso y me viniste a ver." (Mt.25). ¡Víctor, hasta la Victoria!. Seguirá siendo interpelación y compromiso.

VÍCTOR HASTA LA VICTORIA

Córdoba, 2 de septiembre de 2020.

Gracias por tu vida, Víctor

Mariano Saravia

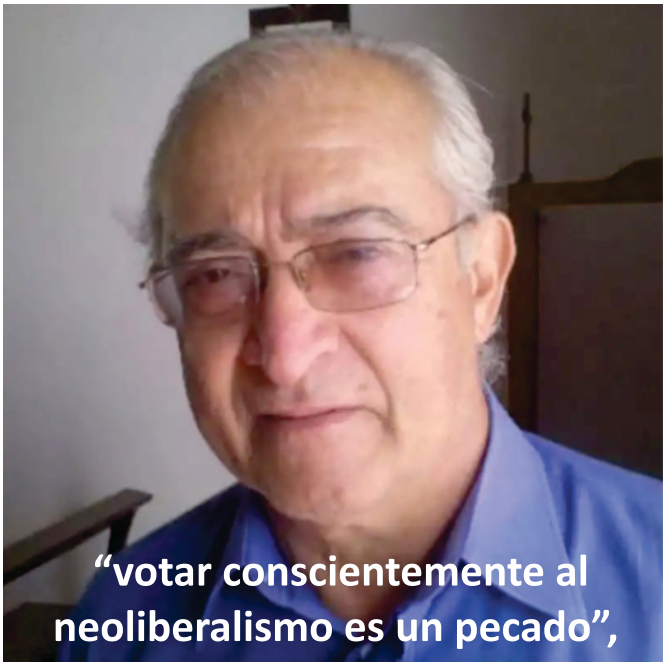
La tristeza es inevitable, incluso contra él mismo, que seguro la desaprueba. Tantas veces hablamos de este tema, y tantas veces nos explicó con una naturalidad asombrosa algo tan difícil de entender: que se trata de un paso a otra dimensión superior. Que no sabemos si existe el Paraíso, el Purgatorio y el Infierno, como se empeña en enseñar el catecismo clásico. Pero que el verdadero Paraíso es la iluminación total y, sobre todo, seguir viviendo siempre en la vida del prójimo, hecho ejemplo, hecho recuerdo, hecho guía.

Hace exactamente tres semanas, el viernes 14 de agosto, escribía en nuestro grupo de whatsapp: "Hoy hace 3 años nos ganó la carrera...Abrazo Oscar". Se refería a Oscar Audisio, otro cura integrante del Grupo Sacerdotal Angelelli, que murió el 14 de agosto de 2017.

En el verano, justo antes de la cuarentena, alcanzó a festejar su 80º cumpleaños, en el camping de Cabalango, y con más de 100 invitados. Fue un domingo al mediodía, fue la mejor misa posible. Una comunión total. Cada invitado, invitada o familia llevaba lo que tenía y lo ponía en común. No sólo la comida y la bebida, el pan y el vino, sino también el amor, las canciones, los bailes, las poesías, los abrazos.

Víctor estaba radiante. Ese día estoy seguro que no le dolió la cadera, ni las piernas, ni la columna. Su comunidad de toda la vida le había preparado una ceremonia muy especial, que tiene su raíz en las tradiciones de los pueblos originarios. Por un caminito de amigos y amigas, familiares y hermanos, iba ingresando Víctor. Luego ese caminito se iba convirtiendo en un espiral. Y mientras él avanzaba se iba parando frente a cada uno y cada una, quienes le agarraban las manos y le decían: "Gracias por tu vida". Ni más ni menos. Una frase tan simple y tan profunda. Agradecerle nosotros a él por sus 80 años de servicio, de amor al otro, a la otra.

Un amor y una conciencia tan pero tan verdaderos que dolía, que lo llevaron a sufrir la persecución de la dictadura, los allanamientos, los secuestros y asesinatos de sus compañeros y compañeras, y finalmente su exilio. Un compromiso que lo llevó a sufrir el odio más solapado, en los últimos tiempos, cuando sufrió hasta los huesos la intolerancia, la violencia simbólica y el desprecio de una clase dominante que arrastra consigo a muchos y muchas a los cuales él siguió siempre considerando sus hermanos y hermanas.



Sufría por todo eso, sufría por sentir al alcance de las manos un proyecto de país que incluyera a todos y a todas, lo más parecido a su idea del Reino de los Cielos, pero en la Tierra. Sentirlo al alcance de las manos, pero siempre postergado por el sabotaje de los antidemocráticos, de los que se creen superiores y dueños de lo que debería ser de todos. Una vez le pregunté si el neoliberalismo era contrario al cristianismo y no dudó en afirmarlo categóricamente, y fue mucho más allá. Me dijo que "votar conscientemente al neoliberalismo es un pecado", porque va en contra de aquel sueño que no es ni más ni menos que vivir al servicio del mensaje de un Cristo claramente revolucionario e igualitario.

Un sueño que fue el que lo había llevado a ser cura obrero en los 60 y 70, a ser discípulo de Angelelli, santo del pueblo y hoy también santo de la

Iglesia. Esto es algo que le dio felicidad plena en los últimos años. Ver que su gran maestro, el Pelado, era reivindicado por el Papa Francisco, un símbolo de los cambios que él buscaba desde adentro de la Iglesia que amaba y combatía en igual forma. En el Grupo Angelelli había y hay muchos curas que, por distintos motivos, dejaron el ministerio. Pero Víctor, al igual que su hermano de la vida, el Quito Mariani, habían decidido seguir dando la pelea desde adentro de la estructura eclesiástica, luchando siempre por una Iglesia menos clerical, más horizontal, menos machista, menos ostentosa, menos corrupta, menos desigual, menos distante, y más popular. Con distintas opciones de vida y estrategias, esos hermanos del Grupo Agelelli son un ejemplo de comunidad, y Víctor sin ningún tipo de dudas era su corazón. Ahora otro hará las veces de ese corazón-Víctor, para seguir bombeando sangre y fuerza, estoy seguro.

Con estos hermanos, en los últimos tres años pensamos, elucubramos, escribimos y actuamos dos espectáculos que mezclan narraciones y música. El primero de esos espectáculos fue sobre el Grupo Angelelli y sus distintos contextos políticos y sociales. El segundo, más específicamente sobre la vida, enseñanza y martirio de Enrique Angelelli, profeta del pueblo. Y en los dos, Víctor fue siempre el motor y el combustible. Y siempre con su buen humor, con su fuerza, con su espíritu positivo, a pesar de los achaques, del cáncer y de cualquier otra piedra en el camino.

Él quería vivir y va a vivir. El lunes pasado volvía del médico cuando volcó con su auto en la Autopista Córdoba-Carlos Paz. Era un sacrificio, pero él lo encaraba con gusto para seguir venciendo a la enfermedad, para seguir adelante con su vida pletórica de proyectos. Es más, cuando nos enteramos del accidente, la situación era tan grave que parecía que no había esperanzas. Pero sus ganas de vivir otra vez nos desorientaron, porque al día siguiente, desde la Clínica Punilla empezaron a llegar informes de una sorprendente mejoría, dentro de lo grave que seguía siendo la situación general. Por eso dolió tanto la noticia, porque nos habíamos vuelto a esperanzar. “El Víctor es de fierro, y es amigo de Dios”, me dijo uno de los hermanos del Grupo Angelelli. Pero la noticia llegó, y nos desorientamos de nuevo. Hasta que otro de los hermanos tomó la palabra y dijo: “Ahora es otra estrella, junto con Oscar y con Carlitos Ponce de León”.

La fiesta en Cabalango tuvo una frutilla del postre. La hora de los regalos, pero al revés. Era él el que había preparado regalos para todos y todas las invitadas. Al fondo del salón, había una gran mesa llena de regalos. Grandes, medianos y chiquitos. Todos envueltos prolijamente con el mismo papel de regalo. Eran sus pertenencias personales, desde libros hasta adornos. Era el Víctor el que quería agasajarnos a nosotros. A mí me tocó un inciensario con la cara de la Virgen María que alguien le había regalado en Ecuador. Nos regaló un pedazo de su vida, ni más ni menos. Estoy seguro que él tenía previsto vivir muchos años más, como ya dije. Pero algo raro pasó ese día de verano en Cabalango, cuando quiso despojarse de sus cositas para que sigan viviendo en nosotros, junto a su ejemplo, a su luz, a su estrella.

Después vino la cuarentena, las ganas de juntarnos, de abrazarnos, del vino y el pan compartido. Todo el tiempo lo decíamos en el grupo de whatsapp pero eso no obstó a que siguiéramos haciendo cosas juntos. Sobre todo, seguir apelando a la palabra para buscar influir en el mundo de los hombres y mujeres. Siempre con el Víctor como promotor, para echar claridad en temas tan cruciales como el aborto, el machismo, la pandemia, el necesario cambio de la humanidad, pedir por la conciencia y el cuidado y denunciar las marchas antitodo. Siempre al frente, sin pelos en la lengua, pero sin odios, con el amor doliente de alguien que vivió por el otro y por los otros. Amigos y no amigos. Y que seguirá viviendo en nosotros, para que seamos mejores.

Gracias por tu vida, Víctor.

COMPROMISO CON LA FE Y LA REALIDAD

Alejandro Gómez.

Publicado en diario La Jornada, el 17 de septiembre de 2018

Repasar, y mucho más aun, sintetizar 50 años de trayectoria de cualquier persona no suele ser tarea sencilla. Y si se trata de alguien como Víctor Saulo Acha, que supo traducir en vivencias, momentos, enseñanzas y acciones –sobre todo acciones- sus creencias, mucho menos aún. Pero intentémoslo.

Mientras estudiaba en la Facultad de Medicina, Acha encontró su vocación sacerdotal y, a los 20 años, ingresó a Seminario Mayor de Córdoba. Allí se formó en la fe cristiana y trabajó con un grupo de seminaristas y el Padre "Vasco" Irazábal en tres comunidades que comprendían los Barrios Comercial, Villa El Libertador y Mirizzi de la ciudad de Córdoba.

El 14 de septiembre de 1968 fue ordenado sacerdote. Su primer destino fue la Parroquia de Villa El Libertador. Allí lideró una sólida comunidad parroquial y la opción pastoral por los más pobres se plasmó en luchas por necesidades concretas como agua, alumbrado, teléfono, escuelas, salud…

Su participación en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, que recién surgía, se dio en esta misma línea.

A la par de sus tareas como sacerdote Acha trabajó, hasta fines de 1975, la mitad del día como obrero en diversas labores para su sustento.

La decisión de estar cerca de los sectores marginados de la sociedad no fue gratis. Y tanto la comunidad de Villa El Libertador como él mismo, fueron objeto de una feroz persecución por parte de las fuerzas militares y policiales. Para graficar esto, solo alcanza con decir que se realizaron más de una decena de allanamientos en la parroquia hasta que, en noviembre de 1975, decidió partir al exilio. Fueron cinco años fuera de Córdoba. Parte de ese tiempo lo empleó en estudiar en el Instituto del Episcopado Latinoamericano en Colombia.

En enero de 1981 fue designado por el cardenal Raúl Primatesta a cargo de la Parroquia San José en Villa Carlos Paz.

Si bien las características de esta comunidad eran bien diferentes a su primer destino (la parroquia está enclavada en un barrio de clase media) los lineamientos pastorales se mantuvieron. Y al mismo tiempo que se desarrolló una fuerte comunidad con un particular trabajo con familias y jóvenes, el foco también estuvo puesto en acompañar a los más necesitados. Una comprometida labor en el Paraje La Juanita da cuenta de ello.

Pero Acha también tuvo una formidable formación académica. Su especialización en Teología Pastoral Catequística lo llevó a comprometerse en ámbitos educativos, siendo Profesor de Teología Pastoral en el seminario donde se había formado y en el CEFYT, otro centro de formación teológica para seminaristas de comunidades religiosas. Se desempeñó igualmente en responsabilidades en Córdoba y en el país en la conducción de organismos catequísticos del episcopado y formó parte y fue Rector del Instituto Superior de Catequesis Argentino (ISCA) y vicepresidente de la Sociedad de Catequistas Latinoamericanos (SCALA).

En 2001 pasó a la Parroquia Nuestra Señora de Fátima en Cosquín y en 2006 a la Parroquia Nuestra Señora del Valle (conocida como La Cripta) en la ciudad de Córdoba, sucediendo en esa tarea al Padre Guillermo "Quito" Mariani.

Desde 2011 dejó todo cargo institucional, y colabora como sacerdote en algunas actividades de la Parroquia de Tanti y su zona de influencia.

En Villa Carlos Paz, mantiene fuertes lazos con el Refugio Nocturno y Hogar de Tránsito

Cura Brochero.

A 50 años de la primera misa que ofició en Villa El libertador, volvió a esa parroquia donde celebró el aniversario.

En tiempos donde se reclama coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, rescatar la figura de Víctor Acha nos da certezas de que ese camino es posible.

Durante su paso por Villa Carlos Paz, decenas de personas se vieron fuertemente influenciadas por un mensaje que, desde el Evangelio, invitaba a asumir un compromiso real y concreto por los más necesitados.

Hoy puede estar seguro de que vivió, de acuerdo a sus convicciones, un verdadero compromiso con la fe. Y la realidad.